

NÚRIA ESPONELLÀ

# LA HIJA

DE LA

# NIEVE

Una frontera en alta montaña.  
Una mujer valiente en su peor momento.  
Una travesía hacia la libertad



Núria Esponellà



La hija de la nieve

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Núria Esponellà, 2016

© Josep Escarré, por la traducción

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: febrero de 2016

Depósito legal: B. 569-2016

ISBN: 978-84-08-15093-0

Preimpresión: Víctor Igual, S. L.

Impresión: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

## La respuesta de la montaña

—Es como te he dicho. ¿Qué más quieres saber?

Enrique me había descrito la escena perfectamente.

Se detuvo de espaldas a la cascada, que rugía en caída libre sobre un barranco de roca. A un metro de sus pies, se abría el abismo. No retrocedió. Ya estaba acostumbrado a las dificultades del terreno; acababa de examinar el trayecto que habían allanado los ferroviarios con toda la tranquilidad del mundo, sin hacer caso del ruido trepidante de las máquinas perforadoras y los compresores, que retumbaban en la montaña durante todo el día.

Habría continuado el trabajo en aquel estado de ánimo sereno, pero, de repente, oyó los gritos de un obrero que subía por el camino viejo y se quedó helado. En aquel momento supo que se había cumplido una de las posibilidades que más temía. Ni el esfuerzo constante de los topógrafos y los ingenieros, que trabajaban encaramados a las rocas, en más de una ocasión atados con cuerdas sobre un precipicio o pisando un suelo resbaladizo, podía garantizar que no ocurriera algún imprevisto. En aquella empresa había que asumir muchos riesgos. Era el precio que pagaban por trabajar en un mundo de montañas imponentes que obligan a la ascensión continua y que durante todo el año están dominadas por factores imposibles

de controlar: en otoño y en invierno, por las tormentas de nieve; en primavera, por el peligro de aludes, y en verano, por la fuerza de las aguas bravas.

—Cuando ocurrió el accidente, yo estaba con las brigadas en las partes altas del recorrido... Tenía que preocuparme por muchas cosas, y todas estaban relacionadas con mi trabajo como ingeniero auxiliar de la FMGP, la sociedad de Ferrocarriles de Montaña a Grandes Pendientes, así se llamaba la empresa... En realidad, yo era un cachorro; trabajaba allí desde el año 28, recién terminada la carrera de Ingeniería, pero los de la sociedad ferroviaria habían hecho las obras del cremallera de Montserrat y tenían mucha experiencia. Aun así, estaban demasiado presionados por los plazos, porque se habían comprometido a terminar la línea en tres años, a cambio de una concesión del gobierno aprobada por real decreto.

»Estábamos construyendo el tren cremallera más alto de la Península, y la empresa había hecho una gran inversión de capital. Puedes imaginarte que estábamos muy nerviosos, porque antes de que empezara a nevar había que acabar las obras principales del trazado.

Enrique hizo una pausa con un gesto contenido de la mano, la espalda contra el respaldo, como si midiera el peso de aquel instante lejano en que había asumido un cargo de responsabilidad importante. Era de esa clase de personas que no se arredran ante ninguna dificultad. Antes de meterse en las trincheras del ferrocarril, ya había picado hierro en los pupitres de los jesuitas y resistido los jodidos exámenes de ingeniería; estaba más que entrenado.

A través de los cristales de la ventana nos llegaba el ruido de la ciudad de Gaudí, algo apagado y distante. Yo me estaba poniendo nervioso; primero me rasqué

el brazo, como si persiguiera una maldita pulga que me estuviera masacrando y, poco después, se me disparó el dedo índice, que acabó golpeando la rodilla. Él no le prestó atención; seguía mirándome y, al cabo de un minuto, prosiguió:

—En aquel momento estábamos perforando uno de los túneles más difíciles, y la piedra era muy dura... Gastábamos veinte cajas de dinamita diarias para arrancar una media de dos mil cien metros cúbicos de roca... Recuerdo aquel día perfectamente. Lo dejé todo para seguir al obrero que había venido a avisarme y bajamos por aquel camino de mil demonios, esquivando a los animales que transportaban el material.

El anciano que tenía frente a mí se movió en la butaca, pensativo. Habían transcurrido setenta y cinco años desde aquel episodio, tres cuartos de siglo.

Se veía bajando por el sendero de greda de la excavación, veía la chimenea de humo saliendo de la boca del túnel y la escena que más temía: carreras; montones de rocalla desperdigados; una vagoneta volcada, lanzada a unos cuantos metros del lugar donde había explotado el barreno de pólvora; algunos hombres con quemaduras, y aquel trabajador chamuscado y ensangrentado, cargado como un saco de arena sobre el lomo de una mula. En aquel instante se había sentido un poco culpable por haberle dejado el control a Sixto Marfany.

El encargado se dirigió hacia él en seguida; jadeaba como si hubiera realizado un esprint.

—Ha muerto, no hemos podido hacer nada —le dijo.

Se enfrentó a él:

—¡Rediós, Sixto! ¿Cómo ha sido? ¿Cómo es posible?

—No lo entiendo —replicó el encargado—. La mecha no puede haber fallado; debe de haber cometido alguna imprudencia, ha tardado demasiado en apartarse.

Mientras estaban hablando, había aparecido el capataz, con la gorra calada hasta la frente y una cara rústica, de mejillas rojas. Parecía muy afectado, y seguramente debía de estarlo, porque conocía bien a los obreros y trataba diariamente con ellos de tú a tú. Se había acercado a Enrique y decía que no con el dedo, con firmeza:

—Eso no ha sido así, señor Solé, ya se lo digo yo. Ha sido culpa del barreno, que era demasiado fuerte; si no, no tendríamos tantos heridos ni un hombre muerto...

—¿Cómo reaccionaste?

—Escuché la versión del capataz, que se llamaba Pepito, para tener el máximo de información sobre lo que había ocurrido... El hombre me negó todo lo que acababa de decirme el encargado... Como ya puedes imaginarte, se generó mucha tensión entre ambos... Yo no me puse de parte de nadie... Con Sixto discutíamos a menudo por culpa del trabajo; los dos teníamos una fuerte personalidad, pero yo no solía hacerle nunca ningún reproche. Era un hombre que lo supervisaba todo, por eso se había ganado mi confianza... Pero aquel día, la contradicción entre sus palabras y las del capataz no me tranquilizó en absoluto, como tampoco lo hizo la sensación de haber podido evitar aquella tragedia... Era un sentimiento de impotencia muy grande...

»Pensé que ambos intentaban exculparse de lo ocurrido; también era posible que el capataz hubiese

sacado conclusiones falsas. Pero yo solo tenía una cosa en la cabeza, aparte de la obligación de indemnizar a la familia del obrero que había fallecido: me obsesionaba pensar cómo se lo contaría al ingeniero director. Sabía que el señor Fenech se llevaría un disgusto y me pediría explicaciones, me lo echaría en cara; por lo tanto, tenía que encontrar una explicación razonable y procurar que la empresa de ferrocarriles no se viera afectada más de la cuenta por aquel incidente tan grave.

»Le reproché a Sixto que no lo hubiera revisado todo personalmente hasta el último momento, y él se puso como una furia. Me juró y perjuró que había hecho todas las comprobaciones y que la única explicación que se le ocurría era que el ferroviario hubiera tenido una distracción fatal en el momento de prender la mecha.

»Yo ya sabía a qué me enfrentaba; estábamos expuestos a accidentes imprevisibles como aquel, aunque nunca habría sospechado lo peor de todo.

—¿Qué?

—Lo que descubrí más adelante.



## De una mujer que se llamaba Juana

—¿Crees en el destino?

—Mira, yo debía de tener ocho o nueve años, y mi madre me llevó a ver a un hombre que le leía la vida a la gente... Recuerdo que me puso un puñado de barro en la mano y yo lo aplasté hasta que quedó alargado como un dedo... Aquel hombre miró el trozo de barro y dijo que yo conseguiría todo lo que quisiera en la vida, pero que debería superar una prueba muy difícil. Dijo que en mi figura se veía una presencia luminosa que ya reconocería cuando llegara el momento, fíjate... Mi madre guardó el secreto, porque mi padre no quería saber nada de esas cosas. Y no volví a pensar nunca más en ello, hasta después de la guerra... Pero ahora no me obligues a contártelo, ya llegará el momento.

Juana corrugó la frente marchita como si reviviera lo que estaba recordando. Sus ojos decían «cómo vuela el tiempo».

—¿A quién dirías que te pareces?

—Tengo el carácter de mi padre, que era pastor y hacía la travesía de la montaña. Era un hombre inteligente y práctico, y estaba acostumbrado a todo: cada invierno bajaba con el rebaño a los pastos del Ampurdán y no volvía hasta la primavera. Las había pasado canutas: los corderos se le morían por el camino,

siempre paría alguna oveja, y, si llovía, estaban todo el día empapados...

Acababa de apoyar la cabeza en la mano y me fijé en la cantidad de arrugas que surcaban su cuello, como los anillos del tronco de un árbol viejo, de esos que la gente se entretiene contando cuando corta leña. Podía ser un roble o una encina centenaria. Empecé a recorrerlas mentalmente para comprobar si aquella ley natural era aplicable al caso, vista la similitud, pero no lo conseguí porque ella no paraba de moverse con el aire de quien piensa: «Ya te veo, ya sé por dónde vas, pero no te saldrás con la tuya, no te lo permito».

—¿Por qué fuiste a trabajar al santuario?

—Mis padres tenían una mentalidad abierta, querían lo mejor para mí y me mandaron a aprender con las monjas, al pueblo. Yo valía para estudiar, pero al final tuve que buscarme la vida... En mi época, si no pertenecías a una familia rica, tenías que trabajar... Habría podido entrar en Can Recolons, en las hilaturas de algodón, como muchas chicas de mi edad, o en el balneario Montagut, donde veraneaban los señores de Barcelona, gente de mucho dinero. Pero mi padre conocía al administrador del santuario de Nuria y a los diecinueve años se me abrió otra puerta.

—¿Te gustaba vivir allí arriba?

—Para mí no fue nada nuevo; ya estaba acostumbrada a pasar frío y a la lluvia.

—¿Cuál era tu trabajo?

—Era camarera en la hospedería. Servíamos a una treintena de directivos del tren que se quedaban a comer y a dormir, además de a los curas... No creas que había mucha calma en el valle. Estaban construyendo el edificio de San José, junto al san-

tuario, y una estación provisional... Había bastante alboroto. Yo me levantaba a las seis y media de la mañana, porque a primera hora servíamos el desayuno a los directivos. Y al rato ya se oía estallar el ruido infernal de las máquinas que horadaban el túnel... Se te metía en la cabeza, pero acababas por acostumbrarte.

La explicación de Juana coincidía con la de Enrique cuando se refería al martilleo ensordecedor de las excavadoras, un ruido que debía sumarse al estallido de las detonaciones de dinamita que se producían en los túneles. El eco de toda esa metralla debía de resonar entre los precipicios, las gargantas del río Nuria y las montañas más altas, hasta la gran masa rocosa de Totlomón.

Pero este factor tan molesto no era nada comparado con lo duro que era vivir en un lugar tan frío y aislado. No todo el mundo podía resistir la presión de casi dos mil metros de altura durante muchos días seguidos, bajo el peso de la nieve y el aire gélido, salvo que fueras un sherpa, una virgen románica auténtica o una chica insultantemente joven, como lo era ella entonces.

—Debe de ser difícil vivir en un sitio así, entre tantos hombres y sin ninguna comodidad.

—No te creas. Al principio teníamos estufas de leña y vino caliente para reponernos... Los hombres no molestaban, y venían muchas mujeres a visitar el santuario... ¿Te estás riendo?

—¿Por qué habría de hacerlo?

No quería quedar como un tonto, a pesar de mi escepticismo sobre la conveniencia de vivir juntos en las alturas. De hecho, hasta la adolescencia sobreviví en hoteles rústicos todos los veranos, sin libro de instrucciones. Al fin y al cabo, me dije para

convencerme, la soledad de las montañas no debía de suponer ningún problema para ella, puesto que contaba con la compañía de una virgen que promete fecundidad a las mujeres que van a visitarla y consienten en meter la cabeza dentro de una olla santificada y hacer sonar una campana, como manda la tradición.

Cambié de tema. Quería centrarme en la cuestión más importante.

—¿Cuándo conociste a Enrique?

—El año 29. Venía a comer con los directivos... Eran hombres correctos y educados, gente preparada, con estudios: ingenieros, topógrafos, encargados y capataces que mandaban en el tren, y tenían a muchos obreros trabajando a sus órdenes. Nosotros los considerábamos buenos clientes porque nos dejaban propina... A mí, al principio, me trataban con cierta frialdad, pero poco a poco me fueron cogiendo confianza, y al final siempre querían que les sirviera yo. Me llamaban señorita Juana. A veces Juana a secas. Juana por aquí, Juana por allá... Yo me veía obligada a correr, porque nunca eran puntuales, no había manera. Los de la hospedería dependíamos de mosén Antoni, el administrador, y yo trabajaba con otra camarera, Modesta, que era veterana en el oficio... Me parece estar viéndola, fea y hosca, colocándose bien la cofia torcida, con la mano grande en el bolsillo del delantal, descoyuntada... Me río con solo pensar en ella... Le daba rabia que los hombres del tren me dedicaran todas sus atenciones y no paraba de decirme: «Acabas de empezar; estás muy fresca, pero ya verás a partir de ahora, prepárate, ya verás...». Esas palabras se me quedaron grabadas.

Juana enmudeció por un instante y estiró el cuello. Había torcido ligeramente la boca, y al cabo de un

momento se quedó estática, con la mano en el regazo. Volví a fijarme en aquellas profundas arrugas, aunque ya hubiera desistido de examinarlas, como hago cuando miro piezas de museo y observo las marcas de desgaste: roces, rayadas, grietas... En el caso de los humanos, los átomos no dejan de moverse desde el momento en que nacemos. Su piel debía de haber perdido hacía tiempo la capacidad de regenerarse; no obstante, a mí me parecía una mujer elegante, sobre todo por su porte juvenil, de una ligereza grácil que destacaba por encima de cualquier signo de vejez. La observaba con ojos de conservador de museo, de los que somos retorcidos por naturaleza y tenemos la manía de describirlo todo al detalle para poner las piezas en valor.

En aquel momento, su silencio me pareció muy expresivo. Supuse que estaba repasando algún detalle perdido en la memoria. Pero su abstracción duró poco; de repente me miró con esos ojos que te escudriñaban como si te estuvieran leyendo el pensamiento.

—Con los años, he comprendido que Modesta era de esa clase de personas que no saben envejecer y que, como no lo aceptan, se amargan y acaban sintiendo envidia de la juventud... De todas formas, yo no le hacía mucho caso, en seguida aprendí a ir a mi aire.

—¿Qué relación tenían los directivos entre ellos?

—Eso te lo explicará mejor Enrique. Lo que yo puedo decirte es que a veces hacían tertulias y también se peleaban por culpa del trabajo. Trabajaban en malas condiciones, porque allí arriba nevaba a menudo, y se acumulaban muchos nervios... Recuerdo que un día, no sé por qué motivo, Enrique se enfrentó a Sixto Marfany, uno de los encargados que estaba a sus

órdenes. Discutieron acaloradamente, y al final, Enrique lo mandó callar... Le bastaba con decir cuatro palabras para terminar una pelea. En cambio, Sixto era diferente, se las sabía todas... ¿Cómo te lo diría yo? Era de esos que saben conquistar con palabras. Tengo un recuerdo muy vivo de eso. Veo a Enrique después de comer, examinándose el bolsillo del chaleco y sacudiéndose la pelusa... Sixto se encendía un puro, daba unas cuantas caladas y se guardaba el encendedor de piedra en el bolsillo de los pantalones... A veces, cuando me inclinaba para servirle el café, me miraba mucho... Era insistente, y alguna vez lo pillé espiándome por el espejo del comedor.

—¿Y Enrique?

—Al principio me pareció un hombre atractivo, educado y con personalidad; hablaba de forma reposada, pronunciando bien las palabras... Siempre iba impecable, con uno de esos portes que hacían que los obreros se quitaran la barretina... Tenía un trato discreto y muy correcto... Yo me fijaba en sus manos grandes y en cómo se le marcaba la nuez en el cuello.

—¿Apreciabas ese detalle de masculinidad?

—Sí, sobre todo en hombres de más edad.

Se echó a reír. Me pregunté por qué hay mujeres como Ilia, que se lían con chicos jóvenes o que se dejan seducir por especímenes que hacen ayuno semanal, como ha ocurrido con ella. Juana, en cambio, apreciaba la morfología de los hombres maduros, se sentía atraída por los machos acostumbrados a la experiencia de la vida.

—Más adelante ocurrió algo que me hizo cambiar de opinión —seguía hablando de Enrique—. La verdad es que me daba rabia por una razón que *para mí* estaba más que justificada...

Me planteé continuar con esa cuestión, que me interesaba, pero habíamos acordado que, si salía en la conversación algún tema que ella no quisiera tocar, me lo diría.

—Será mejor que lo dejemos para otro día, ahora quiero regar las plantas.